

Carles A. Gasòliba

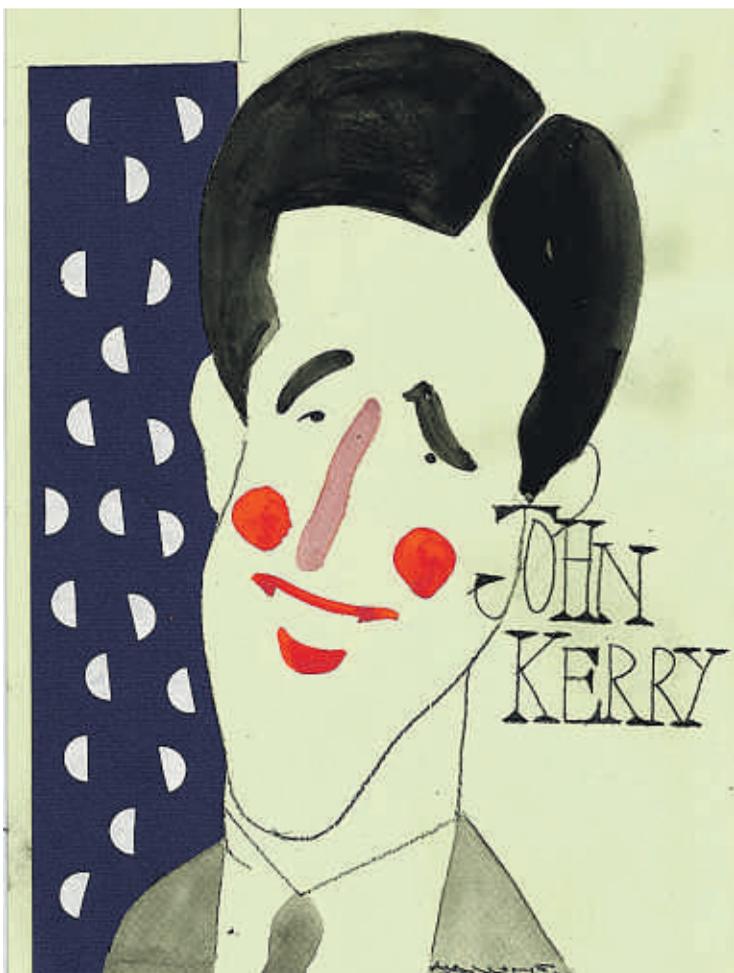
El diálogo transatlántico

El pasado 1 de febrero la secretaria de Estado Hillary Clinton dejó su cargo en manos del senador John Kerry, un cambio significativo en el nuevo mandato del presidente Obama al ser reelegido como 44.º presidente de Estados Unidos. Su discurso inaugural tuvo una breve referencia a la política exterior y al apoyo a la democracia “desde Asia hasta África, desde las Américas hasta Oriente Medio,” y en su confirmación en el cargo de John Kerry, Obama citó el fortalecimiento de las alianzas, y de nuevo la defensa de la dignidad humana desde el norte de África hasta Oriente Medio y Birmania. Ninguna mención a Europa, que, de hecho, tampoco tuvo lugar en los debates durante la campaña presidencial porque a ninguno de los dos candidatos les interesaba ser asociados con la idea de una Europa en crisis, cuando lo que es ciertamente positivo es que Europa no es un continente de conflictos, que la Unión Europea ha merecido el premio Nobel de la Paz y que tiene la defensa más destacada de los derechos humanos en el mundo.

Lo que está claro es que la Alianza Atlántica se mantiene y que la Unión Europea cuenta para Estados Unidos, y así lo hizo patente la entonces secretaria de Estado Hillary Clinton el noviembre pasado en la Brookings Institution en Washington, en un discurso que llevaba el sugerente título de “Partenariado transatlántico”. Clinton recordó que en sus cuatro años de ejercicio del cargo había hecho más de treinta y ocho viajes a Europa, destacó también el entusiasmo por el presidente Obama en su histórico discurso en Berlín en el 2008, donde hizo una defensa de los lazos de unión entre EE.UU. y la Unión Europea, y que, al tomar posesión del cargo, el presidente le encomendó que fortaleciera los partenariados de Estados Unidos, empezando por el de Europa. Europa ha estado pues en la agenda, y lo sigue estando.

A ambos lados del Atlántico, en Esta-

dos Unidos y en la Unión Europea, se veía con gran interés el inicio de las negociaciones que tendrían que conducir a un nuevo acuerdo de libre comercio, lo más próximo a un mercado único de mercancías, de hecho, un espacio sin barreras interiores para el comercio. Un inicio de negociaciones que estas últimas semanas se creía inminente y que, desgraciadamente, esta misma semana Estados Unidos parece haber frenado. Para la relación entre EE.UU. y la Unión Europea, que, actual-



AVALLONE

mente, son todavía los dos socios comerciales con más peso en la economía mundial, con unas inversiones de Estados Unidos en Europa y al revés que son de una magnitud innegable, un acuerdo de este cariz tiene una importancia primordial. Este acuerdo de libre comercio, además de reforzar y fortalecer ambas economías, pues se espera que contribuya al crecimiento, abaratando los costes de importación y exportación y propiciando la creación de puestos de trabajo en ambas ribe-

ras del Atlántico Norte, tendría que servir para fijar las normas de comercio internacional en las cuales China tendrá una influencia cada vez mayor. Un nuevo acuerdo de libre comercio entre EE.UU. y la UE contribuiría a asegurar que, en el futuro, cualquier intento de imponer medidas de cariz proteccionista sea más difícil.

EE.UU. y la UE son aún las dos grandes economías del mundo, ambas tienen que posicionarse ante aquellas que en unos años las pasarán, pero ambas comparten unos valores y principios comunes que tienen que seguir asegurando el progreso de las libertades y el respeto de los derechos humanos en el mundo. Los analistas han comparado últimamente las dificultades de las economías de Estados Unidos y de la Unión Europea, la primera ante el colapso que podría comportar el llamado abismo fiscal, la segunda, para recuperar el necesario crecimiento para superar la larga crisis económica y social que sufre. Aunque la economía de la UE sea más estable y equilibrada que la norteamericana, hay conciencia de que la colaboración es de interés mutuo tanto para superar la situación económica como también para consolidar su peso y sus capacidades en un mundo multipolar.

La Casa Blanca, con el nombramiento de John Kerry como secretario de Estado y de Chuck Hagel como jefe del Pentágono, quiere fortalecer los vínculos transatlánticos, asegurando que la creación del área de libre comercio sea un éxito, y envía una clara señal para fortalecer la apuesta europeísta y constatar que también para el Reino Unido es mejor operar desde la Unión que fuera de esta, afirmando que el europeísmo no es alternativa al atlantismo. La Unión también desempeña un papel clave en los escenarios en crisis –norte de África, Irán, el Sahel, Oriente Medio, Afganistán– y quiere compartir posiciones en Asia, muestras todas ellas bastante claras de colaboración, conscientes de que el diálogo y el fortalecimiento de las relaciones de la UE con EE.UU. son primordiales para el futuro a ambos lados del Atlántico.●

Francesc-Marc Álvaro



Can Solà, el templo

Hoy viernes me tomaré la última copa en el templo civil donde he profesado, desde joven, la fe en Baco –el dios del vino– y en la amistad. Antes de que Don Carnal llegue a la ciudad, cerrará definitivamente sus puertas el Celler de Can Solà, negocio familiar de venta de vinos y licores situado en una de las esquinas de la plaza de la Vila de Vilanova i la Geltrú, siempre vigilado por la estatua de Josep Tomàs Ventosa i Soler, indiano que fue alcalde de Matanzas, en Cuba. Los propietarios de Can Solà, Josep Colomé –el Pep– y su mujer, la Paquita, quieren jubilarse, es ley de vida, y sus hijos tienen otras profesiones. Cuando supe su decisión, sólo hice una pregunta: y, a partir de ahora, ¿adónde iremos? Todos tenemos paraísos cotidianos donde hacer una tregua y ahora, a mí, me han fastidiado.

Hace unos días, glosábamos aquí el cierre de la famosa librería Catalònia, en Barcelona, y decíamos que “nosotros somos nuestras tiendas”. Can Solà se inauguró en 1967 –justamente el año en que servidor nació– y ha sido, desde entonces, un lugar de referencia

En el Celler había que beber siempre de pie, como quien espera el fin del mundo

para centenares de vilanoveses y forasteros –veraneantes incluidos– que han descubierto un espacio agradable para remojar el gatzate y comprar las sustancias legales que nos hacen la vida algo menos absurda. Las cosas no surgen de la nada. La elaboración y el comercio del vino ya habían sido actividades de la abuela y del padre de Pep, a quien conocían por el sobrenombre del Oncllet, dado que era el quintero de la torre del Oncllet, masía perteneciente a la familia del pintor Martí Torrents, del grupo de Joaquim Mir, Enric Cristòfol Ricart y Alexandre de Cabanyes.

A los amigos de fuera, siempre los he invitado al Celler (los indígenas lo llamamos así, como algunos, antaño, se referían al Partido) antes de comer o cenar, para que captaran aquella información ambiental que está más allá y más acá de las palabras. En el Celler, les he presentado al tío Baixamar y otras figuras de la tribu. Entre botas y botellas de vino y cava, durante años, hemos alzado la copa personas de pensamiento y procedencias diversas, cohabitando civilizadamente en una de las ágoras más plurales que conozco. Y, en fechas especiales, hemos celebrado aniversarios y proyectos, y también hemos ido a remojar las derrotas para transformarlas, no hay más remedio, en alguna enseñanza. Los compañeros, las mujeres y los días –con permiso del poeta– nos han acompañado en este viaje modesto por las baldosas del Celler, millones de palabras en los culos de miles de vasos. Y, a veces, hemos visto algún ángel que pedía un vermut.

Una cosa que me gustaba mucho del Celler es que no tenía ni mesas ni sillas. Sólo un mostrador largo y magnífico, apto para todo tipo de naufragos. Había que beber siempre de pie, como quien espera el fin del mundo.●

www.francescmarcalvaro.cat

Eulàlia Solé

Panel de desigualdades

En plena vorágine de corrupciones, la cara de la moneda macroeconómica es la de los millonarios que mundialmente ocultan 15 billones de euros en paraísos fiscales, y la cruz, la de los millones de pobres planetarios. La cara microeconómica la hallamos en los datos que nos aporta el Panel de Desigualtats a Catalunya (PaD), una encuesta sobre las condiciones de vida de la sociedad catalana, muy similar a la española. Un estudio del cual se extrae el retrato de nuestra trayectoria social a lo largo de los últimos diez años.

Nos encontramos ante una estructura de clases formada por un 22% de directivos y profesionales superiores, un 48% de autónomos, empleados y técnicos intermedios,

y un 30% de agricultores y trabajadores no cualificados. Y es esta mitad de la población que conforma la clase media la que está siendo peor tratada en la actual crisis. Es así porque, por un lado, un puñado de leyes sirve a los intereses de los potentados, mientras que, por otro, de la clase baja poco se puede extraer.

También en educación se evidencian desigualdades, ya que la posibilidad de obtener un título superior alcanza un índice 14 para las familias pudientes frente a un 1 para las pobres. Desequilibrio que se traduce en las listas de paro, con un 47% para los no cualificados, un 22% para los técnicos intermedios y un 14% para los profesionales superiores. En cuanto al sexo, las desventajas para el femenino persisten. Nada ha variado en la década estudiada en cuanto a las tareas cotidianas, y en lo económi-

co, la penuria sigue afectando más a las mujeres (15%) que a los hombres (9%). Dado que en la tipología de los hogares un 7% son monoparentales y que en estos las mujeres son cabeza de familia en un 80%, el hecho de que estas familias estén más expuestas a la precariedad contribuye a explicar la feminización de la pobreza.

Si en bonanza económica el fraude y la desigualdad ya son intolerables, en plena crisis la afrenta crece. En un extremo, el afán de lucro que incluso lleva a evadir impuestos; en otro, las tribulaciones cayendo sobre los más débiles. Análisis como los del PaD urgen a un cambio en la órbita del poder. Sólo políticos honrados; organismos que, lejos de estar al servicio de los mercados, los controlen; leyes que lleven a una justa distribución de la riqueza, con la consiguiente cohesión social.●

E. SOLÉ, socióloga y escritora